

hizo despues mucho aprecio de aquellas observancias supersticiosas. Juzgaba descender del Rey Numa, y se gloriaba de emularle en el celo por la antigua religion de los Romanos. Era verdaderamente la filosofia estóica que profesaba la mas conforme de todas á la recta razon; pero al propio tiempo la mas aferrada en sus opiniones particulares, y la mas inflexible y severa con todas las acciones que reputaba malas. Estaba este Príncipe á mas mal aconsejado contra el Cristianismo, por las absurdas ideas que de él concibió en las frecuentes conferencias que tenia con todo género de filósofos; los cuales enseñaban la virtud en sus vanos discursos, pero no podian sufrir la pureza de las máximas Evangélicas, tan superiores á todos los esfuerzos de su orgullo. De aquí es que su clemencia natural no le estorbó el que se mostrase en extremo duro y aun cruel con los Cristianos; y si no sancionó formalmente leyes para generalizar la persecucion, toleró las vejaciones mas ilegales contra los fieles en varias provincias.

10. Hizo entregar Cuadrato, Procónsul de Asia, á las fieras en el anfiteatro de Esmirna á Germánico y á otros diez Cristianos. Confundió su constancia á los idólatras, y el pueblo furioso comenzó á gritar: *mueran todos los enemigos de los dioses, y el primero su cabeza Policarpo.*

11. Gobernaba la floreciente Iglesia de Esmirna este discípulo de San Juan, este hombre verdaderamente apostólico; y su celo se dilatava á todas las demás del Asia, por donde difundia la doctrina que

habia recibido casi inmediatamente del Señor. Estuvo en Roma algunos años antes, cuando se agitaba la cuestion acerca del dia en que debia celebrarse la Pascua. Aumentaba la necesidad de que estuviese presente en ella el santo Doctor, mucho mas que la disputa sobre un punto de disciplina, los progresos que consiguió Marcion en aquella capital del universo, primera Silla de la Religion.

12. Era tanto mas pernicioso y seductor aquel Heresiarca, quanto en la apariéncia era contraria su doctrina á la de todos los falsos doctorés que hasta entonces se habian separado de la Iglesia. Marcion afectaba una grande severidad; obligaba á sus sectarios á abstenerse, por penitencia, de carne y de vino, á practicar ayunos largos y rigurosos, y aun á ofrecerse por sí mismos al martirio. No admitia ningun discípulo que no hiciese profesion de continencia, y condenaba absolutamente el matrimonio, fundándose en la doctrina de los dos principios, que fue invencion suya, aunque la adoptaron y amplificaron despues los Maniqueos. Quería que se olvidase el motivo de su vergonzoso abandono de la fe católica con esta afectacion de austeridad. Era hijo de un santo Obispo, el cual le escomulgó por un pecado de incontinencia; y no habiendo obtenido el perdon con la prontitud que deseaba acudió á Roma donde esperaba reconciliarse con la Iglesia con mas facilidad; pero se aprobó la conducta de un Obispo que preferia la observancia de las reglas de la Iglesia al natural afecto de su hijo. Precipitaron entonces el des-

pecho y la rabia á este indigno penitente , y amenazó que habia de perseguir una Religion donde se le trataba con tanto rigor.

Primeramente se hizo discípulo de Cerdon , de quien aprendió los extravagantes y sacrílegos principios sobre la naturaleza y la division de la divinidad, muy semejantes á los de Valentino ; y despues se erigió en cabeza de partido. El mas famoso entre todos sus discípulos fue Apeles , igual en todo á su maestro, precipitado como él en la heregía por un pecado deshonesto , del que no quiso sufrir la debida penitencia ; y para imitarle en todo , de ciego pecador llegó despues á ser gefe de una nueva secta. Enseñaba con Marcion que habia dos dioses , uno bueno y otro malo ; pero no admitia los dos principios , antes por el contrario decia que el malo habia sido formado por el bueno. Por lo que hace á Jesucristo decia , que este divino Salvador no habia tenido solamente la apariencia de cuerpo , como sostenia Marcion , ni una carne real y verdadera , como dice el Evangelio , sino que al tiempo que descendió de los cielos se habia formado un cuerpo celeste y aéreo ; y que cuando ascendió despues de su resurreccion , restituyó á cada cielo lo que habia tomado ; de modo que solo el espíritu habia vuelto al seno de la Divinidad. Y así negaba la resurreccion de la carne , enseñando que las almas solas , á quienes atribuía diversidad de sexos , se habian de salvar , y que el sexo que tenian los cuerpos era únicamente por las almas que los animaban. Publicaba como revelaciones dignas del mas re-

ligioso respeto , los delirios de una muger llamada Filumena , que se decia inspirada por un ángel , y que sin duda estaba endemoniada. Evitó á pesar de esta sospechosa compañía , ó supo ocultar de tal modo lo que podia desacreditar sus costumbres , que Rodon , Doctor católico , impugnador de sus errores , le llama viejo venerable por su edad y por su arreglada conducta. Nombra tambien , este Doctor ortodoxo , á Pocio y Basílico , que á egemplo de Marcion , admitian dos principios , y á Sineros , que enseñaba hasta el número de tres. Un dia en que Rodon se intrincó con mas viveza en la cuestion con Apeles , este viejo pensando que era ya tarde para mudar de opinion , y por no confesarse vencido se vió precisado á responder que no se debia examinar la Religion , que cada uno podia seguir en la suya , y que se salvarian todos los que hubiesen puesto su esperanza en Jesucristo y obrado bien.

Marcion cumplia tenazmente sus amenazas contra la Iglesia , cuando San Policarpo estuvo en Roma. Reunidos un dia estos doctores tan contrarios , preguntó el herege al Santo si le conocia. *Te conozco* , le respondió Policarpo , *por primogénito de Satanás* (1). Era tan grande el celo de este Santo por la fe de la Iglesia , que cuando oía alguna cosa en contra de ella , se tapaba los oidos exclamando : ¡ O Señor , para qué tiempos me habeis reservado ! Al mismo tiempo que Marcion se encontraba tambien en Roma Valentino ; y la autoridad del santo Obispo de

(1) *S. Ireneo lib. 3. cap. 5.*

Esmirna redujo al seno de la Iglesia católica á una infinidad de personas que los dos sectarios habian pervertido. Viéronse ellos mismos en la precision de fingir que abjuraban sus errores, y se reconciliaron con la Iglesia Romana; hasta que descubierta su hipocresía fueron rechazados para siempre.

De aquí puede colegirse con cuanta razon miraban los infieles á San Policarpo como una de las principales columnas de la Religion que odiaban. Luego que su presencia no era ya allí necesaria para el bien de la Iglesia universal, se ausentó de Roma; y volvió á Esmirna á tiempo que llegaban á aquella ciudad muchos Cristianos para padecer el tormento, los cuales fueron tratados con tal crueldad, que movieron á compasion á muchos idólatras. Con tan inhumana barbarie los azotaron, que se les podian contar todas las venas y arterias. Despues los arrojaban desnudos y llagados sobre pedazos de menuda teja que se clavaban en las heridas, hasta que la vergüenza de una atrocidad en que todos los espectadores eran cómplices, trocó la compasion en despecho y furor, y todos á una voz pidieron la muerte del Doctor de los Cristianos. El Procónsul Cuadrato mandó buscar á San Policarpo, pero los fieles recelosos habian violentado al santo Obispo para que se retirase á una casa de campo; porque de nada tenia mas cuenta en este mundo que del bien de su Iglesia. Revelóle el Señor lo que le habia de suceder, y dijo á los discípulos que le acompañaban tres dias antes de su prision, que consumaria su sacrificio en el fuego. Los

soldados que le buscaban un viernes por la tarde prendieron á un mozo que sabia el lugar donde estaba oculto, y le obligaron á fuerza de tormentos á que los guiase á él. Llegaron muy tarde, y el Santo estaba ya dormido; pero despertó á tiempo para poder retirarse á otro lugar, bien que considerando que no tenia fuerzas para defenderse, y que el Señor queria por el contrario que mostrase un egemplar desprecio de su vida, *cúmplase*, dijo, *la voluntad de Dios*, y corrió al encuentro de los que le buscaban.

Compadecidos los emisarios de su edad avanzada y de la dulzura con que les hablaba, dijeron entre sí con admiracion: por cierto que eran escusadas tantas prevenciones y tanta prisa para prender á este buen anciano. El Santo ordenó que les diesen de cenar, y se retiró á hacer oracion mientras ellos comian.

Para conducirle á la ciudad le colocaron sobre un asno, y en el camino encontró á un Magistrado de Esmirna llamado Herodes, que conocia particularmente al Santo; y haciéndole subir en su carro, procuró persuadirle á que ofreciese sacrificios, y á que diese al Emperador nombre de Señor. Policarpo quedó suspenso para deliberar, no sobre la proposicion del sacrificio, que no podia oír sin estremecerse, sino sobre la especie de veneracion que querian tributase al César, y al fin respondió: *no puedo hacer lo que me aconsejais*, porque conocia que tomaban el nombre de Señor en un sentido que solo conviene á Dios, y no como un homenaje de los súbditos para con sus Príncipes, homenaje que nunca

les negaron los Cristianos. Irritó tanto al Magistrado esta inesperada respuesta, que trocando su benevolencia en furor, mandó bajar de su carro con tal precipitación al santo Obispo, que se hirió en una pierna; mas no obstante esto siguió con alegría á sus guardas, los que en derechura le condujeron al anfiteatro. Afirmaron despues muchos testigos que al tiempo de entrar en él oyeron una voz del cielo que le decia: *Policarpo, no te acobardes.*

13. El Procónsul, que estaba sentado en su tribunal, le dijo que no se perdiera imprudentemente á sí mismo en una edad en que ya debia haber adquirido la prudencia; y despues le mandó que jurase por la felicidad del César, y esclamase con la multitud: mueran los impíos, esto es, los Cristianos; queriendo de esta suerte hacerle abjurar su doctrina. Mirando el Santo por el contrario con rostro severo al pueblo idólatra, señalándolo con el dedo y levantando los ojos al cielo, exclamó: *quítad de enmedio estos impios.* Encolerizóse el Procónsul y le dijo: „jura luego, y maldice á tu Cristo; á lo que el Santo le respondió sonriendo: ochenta y seis años ha que sirvo á este buen Señor, y solo me ha hecho beneficios, ¿y quereis que le blasfeme con tan odiosa ingratitude? Pero ¿para qué gastais el tiempo y os fatigais inútilmente? ¿Para qué fingís que ignorais quien soy yo? Yo os declaro altamente que soy Cristiano; y si quereis saber cuales son las máximas de los Cristianos, dadme tiempo, que yo os las explicaré y excusaré la ignominia de que oprimais las virtudes que

debeis venerar. Díjole el Procónsul: calmad cuanto antes á ese pueblo y convencedle; á lo que le replicó el Santo: nuestra Religion nos enseña á tributar en la tierra á las potestades establecidas por Dios, todos los homenages y servicios que se nos exijan justamente; pero este pueblo sedicioso no se halla en estado de aprovecharse de mi doctrina ni es digno de oirla.” El Procónsul deseoso de ostentar su poder le amenazó con las fieras y el fuego, lo que solo sirvió para dar esplendor á la gloria y á la constancia del Mártir. Gritó poco despues el pregonero público por tres veces: *Policarpo ha confesado que es Cristiano.* Y toda la muchedumbre de Paganos y de Judíos respondió tumultuariamente: *este es el padre de los Cristianos: el enemigo de nuestros dioses, el seductor del Asia; arrojadle á las fieras.* El Presidente del espectáculo para evitar que se faltase á la policía establecida en esta parte del culto, les respondió que era imposible, por haber ya finado los juegos, y volvieron á gritar: pues que sea quemado vivo. Corrieron al propio tiempo en busca de leña y sarmientos mostrándose los Judíos segun su costumbre mas activos que los idólatras. A pocos momentos estuvo ya dispuesta la hoguera; Policarpo se quitó su cingulo y principales vestiduras, y como quisiesen amarrarle con cadenas como se usaba con todos los reos, les dió á entender que era precaucion inútil; y así se contentaron con atarle las manos á la espalda.

El Santo exclamó entonces mirando al cielo: „Dios

Todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos recibido el don de conoceros y amaros, yo os doy gracias porque me habeis hecho llegar á este dia tan feliz, en que he de participar del cáliz amargo de vuestro Hijo, y de la dicha de vuestros Mártires, que se dejan despojar de una vida transitoria para resucitar á la eterna. Cúmplase hoy, Señor, lo que ha resuelto vuestra sabiduría, y admitidme con ellos á los pies de vuestro trono." Encendieron la hoguera cuando ya acababa su oracion: pero las llamas formaron una especie de bóveda al rededor del Santo sin tocarle, exhalando un olor semejante al del incienso, y al de los mas suáves perfumes. Maravillados quedaron los espectadores observando la distinta manera con que morian los Cristianos y los facinerosos. Atravesaron nõ obstante el cuerpo del Santo con una espada, y salió la sangre tan abundantemente que apagó el fuego que le cercaba.

Refiérense todas estas circunstancias del martirio de San Policarpo en una carta escrita por la Iglesia de Esmirna á la de Filadelfia en Frigia. Dice tambien, que los infieles no consintieron que los Cristianos recogiesen el cuerpo del Santo, y que el Centurion que presidió al suplicio, le mandó reducir á cenizas, temeroso de que los fieles le adorasen en lugar de Jesucristo. „Estos insensatos, esclama el autor de la carta, no conocen que si adoramos á Jesucristo es solo porque es Hijo de Dios, y que prestamos á los Mártires homenajes de amor y reverencia porque son imitadores y amigos de Jesucristo." Esta era ya desde

entonces la doctrina de la Iglesia acerca del culto que damos á los Mártires y á sus reliquias; distante de la irreverencia y de la supersticion. Debe ser muy venerado el nombre de San Policarpo en la Iglesia de Francia, pues envió á sus discípulos San Fotino, San Irenéo y otros á predicar el Evangelio por las Galias.

14. Se conserva de este santo Mártir una epístola dirigida á los Cristianos de Filipos, de la cual habla San Irenéo en su libro tercero contra las heregias. La escribió, como dejamos dicho, con motivo de pasar por aquella ciudad San Ignacio Antioqueno, cuando le llevaban á padecer el martirio; y pide á los Filipenses que le den noticia de su santo huesped. Sin embargo esto solo compone una parte de la epístola; despues se dilata imponiendo á los fieles de todos estados y calidades en sus obligaciones respectivas, imitando las de los Apóstoles y de todos los grandes hombres de aquellos tiempos sagrados, y por último inspira á todos generalmente el mayor horror á las nuevas doctrinas, y á los hereges que dogmatizaban entonces. Recibieron esta epístola con tanto respeto, que la leían públicamente en las Iglesias de Asia trescientos años despues.

15. El martirio de Santa Felicitas, sacrificada con sus siete hijos, como en otro tiempo Santa Sinforosa, fue uno de los mas célebres de aquel reinado. Dicen muchos monumentos que padeció en tiempo de Antonino Pio; pero debe observarse que los antiguos dan muchas veces á Marco Aurelio el nombre de Antonino su padre adoptivo.

Era Felicitas una ilustre matrona de Roma, que muerto su esposo consagró su viudéz al Señor, y se entregó solamente á su propia santificacion y á la de su numerosa familia. Esta conducta al paso que edificaba á los fieles impacientaba en extremo á los sacerdotes del paganismo, que sublevándose contra los Cristianos, persuadieron al Emperador que los dioses se hallaban ofendidos por la decadencia de su culto, y que para aplacarlos y volver á merecer su antigua proteccion, necesitaba obligar á los Cristianos mas distinguidos, como Felicitas, á que les ofreciesen sacrificios. Fue cometido este negocio á Publio, Prefecto de la ciudad, quien usó inútilmente de los halagos y de las amenazas. „Me da valor el espíritu de Dios, le dijo la Santa, para no caer en vuestros engaños, y no me vencereis mientras me reste un solo aliento; pero si me quitais la vida lograré con la muerte una victoria mas ventajosa.” Acudió el Prefecto á su tribunal á la mañana siguiente en la plaza de Marte; mandó venir á su presencia á Felicitas con sus siete hijos, y la dijo que á lo menos tuviese compasion de ellos ya que su propia vida le era indiferente. La Santa le respondió: „la compasion que quereis persuadirme seria la crueldad mas pernicioso; y despues volviéndose á sus hijos y mostrándoles el cielo con la mano, les dijo: allí es donde os espera Jesucristo con los Santos que nos han enseñado el camino; sed fieles á este remunerador magnífico, y pelead con un valor correspondiente al precio que se os propone.”

El Prefecto mandó dar de bofetones á la Santa, echándola en cara su temeridad, y despues llamó uno á uno á sus hijos; y habiendo confesado todos la fe con la constancia mas heróica, los destinó á distintos géneros de suplicios. Azotaron al mayor con tanta crueldad que espiró en fuerza de los azotes; á los dos siguientes los apalearon; el cuarto fue precipitado desde un sitio muy elevado; y á los tres últimos les cortaron la cabeza, juntamente con su madre que fue la última que murió, porque sufriese en su interior los dolores de todos sus hijos.

16. Martirizaron por aquel mismo tiempo á los Santos Ptolomeo y Lucio. Ptolomeo habia convertido en Roma á una muger cuyo marido se habia entregado á las mas infames disoluciones, y esta muger habia tenido con él muchas criminales condescendencias; pero reflexionando seriamente que no podia corregir á su esposo, ni persuadirle á que no exigiese de ella cosa contraria á su conciencia, se creyó obligada á separarse, y le intimó el divorcio en la forma que prescribian las leyes Romanas. El marido irritado la acusó como Cristiana delante del Emperador; ella pidió que se la permitiese primero arreglar sus negocios domésticos, dando palabra de responder despues á la acusacion. El marido que llevaba á mal esta demora, trocó su furor contra Ptolomeo, y le delató por Cristiano en el tribunal de Urbicio, que mandó luego á un centurion que le prendiese. El acusador ansioso de ver cuanto antes satisfecha su venganza, persuadió á este oficial á que preguntase únicamente á Ptolomeo

si era Cristiano; como que conócia por su muger el candor y sinceridad de los fieles, y con especialidad en este punto, y no hallaba otro medio mas fácil para abreviar las formalidades y trámites de la causa.

Confesó en efecto Ptolomeo abiertamente, y al punto fue arrastrado á una rigurosa prision, donde padeció por largo tiempo antes que el Prefecto le condenase á muerte; y al tiempo de llevarle al suplicio, otro Cristiano llamado Lucio, hombre distinguido, segun se presume, tanto en el nombre como en la dignidad, preguntó al Magistrado, ¿por qué imponia la pena capital á un hombre que no estaba convencido de otro delito que de ser Cristiano, cuando este rigor era opuesto á la humanidad con que muchos Emperadores los habian tratado? Bien se conoce, le respondió el arrogante Urbicio, que tú eres tambien de esta secta; y confesando Lucio generosamente que era Cristiano, fue desde luego y sin ninguna formalidad de leyes condenado á perder la vida. Sobrevino allí otro Cristiano, cuyo nombre se ignora, y fue del mismo modo sentenciado á muerte.

17. San Justino se encontraba en Roma, donde habia fijado su morada, é indignado á vista de un abuso de autoridad tan indigno, pues estaba formalmente prohibido denunciar á ningun Cristiano solo por serlo, y aun mandado que se castigara á los delatores, compuso su segunda apología, dirigiéndola á los Emperadores Marco Aurelio y Lucio Vero y al Senado y pueblo Romano. Trató aunque inútilmente de disipar las antiguas preocupaciones y de defender

á las asambleas cristianas de los horrores con que las infamaban. Rogó que á lo menos se concediese á la verdad el mostrarse en público, y que no se calificase de crimen el que unos infelices acusados quisiesen probar su inocencia. Esto da á entender que el Emperador habia prohibido no solo la lectura de los libros sagrados, sino tambien de todos los demás escritos de los fieles en defensa de su Religion. Nada contiene nuestra doctrina, dice Justino, que merezca proibirse, porque es muy contraria á las lecciones de Epicuro, de Sótades, de Filenis y de otros semejantes, cuyos perjudiciales escritos andan libremente entre las manos de todos. Filenis pasaba por autor de una obra en que se enseñaban todas las deshonestidades que pueden cometerse en el comercio con las mugeres; y las poesías de Sótades eran un repertorio de infamias de una especie mucho mas vergonzosa.

No produjo, ni con mucho, esta segunda apología los buenos efectos de la primera. Marco Aurelio tenia una escesiva deferencia por los filósofos de su Religion, hipócritas refinados que abusaban de su confianza para satisfacer sus pasiones particulares. Crescente el Cínico era el mas irritado contra San Justino, de resultas de una conferencia que habian tenido los dos y en la que juzgó humillado su orgullo. Previó el santo Doctor desde luego las consecuencias anunciando que Crescente causaria su muerte; pero nada le estorbó que predicase y enseñase la doctrina verdadera. Fue denunciado efectivamente, y le pren-